

## **MAPA Y BRÚJULA**

**Por Alberto Berro<sup>1</sup>**

Un aporte originalísimo de nuestro homenajeado, algo en lo que su perfil se destaca nítidamente del de otros pensadores, es lo que podríamos llamar el “método” de su filosofar, lo que denomina “lectura metafísica de la realidad”, que es también, e inseparablemente, el método de su pedagogía, ya que Komar filosofa estudiando, pero sobre todo enseñando.

Esta lectura metafísica se aplica a muy diversas realidades: a la historia del pensamiento, a la historia política del siglo XX, a la actualidad cultural; a la problemática existencial del hombre contemporáneo, a los grandes problemas económicos, médicos, psicológicos, éticos, jurídicos; inclusive a los problemas teológicos y eclesiales.

Se trata de una relación de iluminación recíproca entre los grandes principios de la metafísica clásica y ciertas realidades humanas concretas, propias de un determinado tiempo histórico.

1) Por un lado, las realidades humanas iluminan los principios metafísicos, en el sentido de mostrar su riqueza y fecundidad, su “universalidad concreta”, podríamos decir, y por lo tanto, su profunda verdad. Una verdad que se revela de una manera diferente y enriquecedora respecto de la manera en que ella se muestra a la especulación abstracta sobre esos principios que caracteriza al pensamiento escolástico tradicional. Si todo es creación, o todo ente es verdadero, bueno, bello, o compuesto de esencia y acto de ser, si lo finito es sustancia particular, si el ente creado es participación, etc..., esto debe manifestarse en la observación de todas las realidades concretas, y particularmente de las que más le interesan y preocupan, las humanas.

Por esto, lo suyo es contemplar en lo concreto, en lo existente, en un problema psicológico, o en un dilema político, o en un proceso histórico, o en

---

<sup>1</sup> Dr. En filosofía por la UCA, Titular de la Cátedra de Filosofía de la Historia de la carrera de Filosofía de la UCA. Presidente de la Fundación Emilio Komar. Ha publicado en la Editorial Sabiduría Cristiana: *Vivir desde el don* (Bs.As. 2008); *El intuitus intellectus en Santo Tomás* (Bs.As., 2009)

un problema cultural, o en la crisis de un movimiento filosófico, la verdad exuberante, fecunda, de esos principios. Komar goza en lo personal de una gran evidencia y certeza sobre estas grandes verdades: él *ve* que el mundo es creación, que todo ente es verdadero y bueno, que lo real es participación, y no se limita a pensarlo o a afirmarlo. Dice Santo Tomás: “cuanto más perfectamente alguien conoce un principio, tantas más conclusiones intuye en él.”<sup>2</sup> Komar contempla los principios «en acción», iluminados por lo existente, y esto implica verlos más perfectamente que en su mera enunciación general.

2) Pero lo más importante de este método no es tanto cómo hace fecundos los principios por su aplicación a las cosas, sino cuán potente es su mirada sobre las cosas a la luz de esos principios. Los principios *hacen ver* las realidades en una dimensión más clara y más incisiva: en su significado más hondo. Nos *orientan* en medio de ellas. Esto le proporciona a su pensamiento un tipo de comprensión más profunda, más radical de los problemas concretos. Siempre detrás de tal posición filosófica, o de tal tesis psicológica, o de tal problema político, o de tal devenir histórico, o simplemente de una noticia en el diario, hay una cuestión metafísica. *Dilucidar* tal cuestión es lo que puede proporcionar “la última claridad posible” al problema, según aquella definición de la filosofía de Hans Cornelius que tanto aprecia, como anhelo de la última claridad posible - *Streben nach der letzter möglich Klarheit*. En este ver los problemas concretos humanos “en su máxima claridad posible” a la luz de estos principios se encuentra la clave de su filosofar.

Hacer esto es mucho más difícil que estudiar y explicar metafísica sistemática, lo que hace fútiles las críticas de los tomistas «profesionales» a su filosofar por supuestamente diletante y dirigido a un auditorio inferior. Exige un esfuerzo intelectual extraordinario que consiste inicialmente en una doble mirada, sobre lo real y sobre los principios, que se van interpenetrando hasta converger en una sola visión contemplativa. Este acto único de *intellectus* se completa al ver al principio confirmado por la facticidad concreta, y a la vez a esa misma facticidad concreta aclarada y

---

<sup>2</sup> Q.D. De Ver. q. 20, a. 5 c.

explicada por el principio. *Conversio ad phantasma* llevada a cabo de manera sistemática, perseverante, originalísima y única. Con una libreta negra y lapicera en mano, con un oído atento y curioso, una conversación entre camioneros en un bar de Boulogne en medio del café con leche y las medialunas puede significar la más jugosa confirmación de la naturaleza de la prudencia como *memoria* como la explican los escolásticos medievales.

Haciendo esto Komar responde de la mejor manera a la magna cuestión de la actualidad de la filosofía clásica, de la así llamada *philosophia perennis*. ¿Qué quiere decir tal perennidad? No puede tratarse de una eternidad ahistórica, sino de una capacidad permanente de sus principios centrales para comprender también lo nuevo que va surgiendo, para aclarar lo distinto (por ejemplo, otro pensamiento filosófico distinto u opuesto al clásico), para tratar de entender esto que pasa hoy.

Hay dos filosofías, dice Komar, en cuanto a la relación entre verdad y tiempo. En las distintas corrientes historicistas que se desarrollaron en los siglos XIX y XX, de origen idealista, *veritas filia temporis*, la verdad es hija del tiempo, como sucede por ejemplo con la *alétheia* heideggeriana, que es manifestación epocal, histórica, del ser. Desde la perspectiva de la filosofía clásica, en cambio, el tiempo es hijo de la verdad, *tempus filius veritatis*. Que las «verdades eternas» puedan explicar lo más actual en términos fácticos, lo que dice el diario de hoy, es la mejor prueba de su perennidad.

En esta exposición tratamos en particular la cuestión de la «orientación» en la actualidad histórica, política y cultural. Se trata de una manera peculiar, original de hacer «filosofía de la historia», «filosofía de la política», «filosofía de la cultura». En este quehacer Komar tiene un socio, un amigo intelectual cuya lectura lo regocija hasta pocos días antes de su muerte, Augusto del Noce. No lo acompaña tanto este filósofo italiano, en cambio, en la lectura metafísica de los problemas éticos, psicológicos, educativos y en tantos otros en los que el oficio de Komar parece ser único en el mundo.

Este tipo de lectura no se puede aplicar por igual, nos dice, a todas las épocas históricas, sino sólo a la que nuestro maestro llama «historia filosófica»: nuestra época, desde el siglo XVIII en adelante en Occidente. La

época anterior, los siglos XV, XVI y XVII, son más bien, en Europa y en América en cuanto colonizada por Europa, «historia teológica». Sus grandes conflictos históricos se aclaran desde la teología cristiana y sus divergencias internas, y de su lucha contra el Islam.

Komar haría tuyas, gustoso, las palabras de Nietzsche en *Así habló Zaratustra*:

“Pensamientos que vienen sobre patas de paloma gobiernan al mundo”.<sup>3</sup>

Esto quiere decir que lo que se piensa, la manera que se vive y actúa, y por lo tanto los hechos histórico-políticos que se producen en los tres últimos siglos en Occidente son consecuencia, entre otros factores, de la incidencia de un conjunto más o menos homogéneo de ideas filosóficas surgidas a partir del siglo XVIII, y de sus conflictos mutuos. Estas ideas nacen en los escritorios de los filósofos, se «cocinan» en ámbitos académicos, se publican –unas con más suceso que otras-, se divulgan en diversas medidas. Y algunas de ellas, después de cincuenta o cien años, llegan a impregnar las formas comunes de pensar, de sentir, de actuar, de orientarse la política, las legislaciones, las ideologías, en suma, lo que suele denominarse la «cultura dominante». La lectura de la historia occidental reciente no puede entonces ser inteligente si no considera este factor decisivo.

### **Un ejemplo autobiográfico**

Komar siempre retorna a la historia de su accidente en una motocicleta, a fines de la década del sesenta, que lo obliga a guardar cama por varios meses. Como es de imaginar, no pierde el tiempo y durante su convalecencia se dedica a estudiar la cuestión de la «contestación juvenil», y especialmente el mayo de París del '68, para orientarse en este fenómeno tan sobresaliente desde el punto de vista periodístico. Sobre este asunto dice en su Curso de Metafísica de 1971 en el Instituto Jackson, curso editado por

---

<sup>3</sup> "Gedanken, die mit Taubenfüßen kommen, lenken die Welt." - 2. Teil; Die stillste Stunde.

Ediciones Sabiduría Cristiana, en el que podemos ver en acción de manera muy completa y sistemática su modo de filosofar:

“«Contestar» (que es un galicismo) viene del verbo latino *contesto-contestari* que significa refutar el testimonio de la otra parte. Hoy, de la contestación se ha hecho un movimiento de proporciones mundiales, no sólo hay contestación juvenil, política, sino también femenina, de los varones amenazados por el matriarcado, de los peatones, etc. En Suecia hubo contestación de la oficialidad joven contra los mandos superiores. Hay contestación en los países socialistas contra el aparato burocrático del partido, etc. La contestación es un movimiento universal, que se entiende a partir de algo que en general no se tiene en cuenta: el triunfo del pensamiento positivista. El pensamiento positivista considera que los acontecimientos son fruto de usos, de convenciones. Productos de acuerdos sociales, sin fundamento en la realidad de las cosas. La mirada positivista, para la que todo es convencional, es previa al acto de contestación... La contestación tiene que ser entendida dentro de esa atmósfera previa, sin la cual no hubiera sido posible.

Las estructuras, los pensamientos, las filosofías, las estructuras gramaticales, etc., se consideran como sistemas, como puras construcciones. La palabra “sistema” significa etimológicamente composición o construcción. El sistema es previo a la contestación y entonces la contestación, forzosamente, es contestación al sistema. Como se trata de un fenómeno derivado, reactivo, fundamentalmente dependiente del fenómeno previo que es el sistema. Si desaparece la concepción positivista de los sistemas convencionales muere la contestación, y, a su vez, si la contestación quiere ganar tiene que mantener la visión positivista. La contestación brega universalmente no por el fin del sistema, sino por otros sistemas, otras convenciones. Y eso no se suele decir porque los que están del lado del sistema deberían refutar la cosmovisión positivista y decir que lo que defienden son los principios que tienen fundamento real. Quieren defender la

institución, pero no las bases de esa institución, entonces no hablan claro. Y los contestatarios tampoco hablan claro porque si lo hubieran hecho su causa cambiaría de aspecto. Así, estamos en presencia de una especie de convenio por encima de la barricada, en el cual los dos que luchan están de acuerdo en algunos enfoques comunes y entonces no se atacan en donde son más vulnerables. Aquí hay una tremenda mala fe.”<sup>4</sup>

El “acuerdo por encima de las barricadas” profundiza aquí la confusión, la falta de orientación, de «mapa y brújula»; no se va a lo esencial, no se aclara el verdadero dilema, algo extremadamente común en nuestra reinante superficialidad cultural y periodística, en lo que Komar denomina el «techo Time» más allá del cual no se avanza para discernir de veras. Lo que ayuda a aclarar, por el contrario, es establecer los «términos exactos de la controversia», una clave muy característica de su método de pensamiento. Los acuerdos por encima de las barricadas desorientan, confunden y hacen poner el foco en diferencias más superficiales. Aclarar los términos exactos de la controversia *orienta*, nos hace claras las coordenadas, nos ofrece ese notable «mapa y brújula» con que Komar transita por el complejo y muchas veces desconocido territorio de la facticidad. En este asunto de la lucha de los contestatarios contra el sistema, los términos exactos de la controversia son: o la realidad social, política es un mero sistema convencional, artificial (consecuencia del nominalismo metafísico o gnoseológico que caracteriza al positivismo), y entonces todo se trata de una lucha de poder entre los partidarios de un sistema, el vigente, u otro, el nuevo que se quiere imponer; o hay un orden más profundo, un orden natural fruto de la creación divina, y entonces el cuestionamiento al sistema vigente por parte de los revolucionarios o reformistas es algo distinto a una «contestación» y debe justificarse en que este sistema no respeta necesidades humanas esenciales; y a su vez la defensa del sistema vigente por parte de los conservadores se debe fundar en que el mismo representa valores más profundos que el sistema mismo, que merecen ser conservados.

---

<sup>4</sup> Curso de Metafísica I, Bs.As., Sabiduría Cristiana, 2008, p. 8-9.

Pero aceptar esto llevaría a consecuencias teóricas no deseadas por uno o por otro bando, como la superación misma del planteo nominalista y positivista en dirección hacia un orden natural de origen creacionista previo a cualquier sistema y que todo sistema debe tener en cuenta. La mala fe, no siempre plenamente consciente, consiste en no querer ver esta cuestión de fondo.

El planteo metafísico de los problemas lleva entonces a opciones radicales. Un determinado filósofo, nos dice Komar, es libre de ejercer o no estas opciones, puede quedarse a medio camino, como puede verse en numerosos ejemplos en la Historia de la Filosofía. Pero la *esencia filosófica*, el principio del cual parte, tiene su propia dinámica de desarrollo, su propio *inveramento*, su propia *eidopóiesis*, la automanifestación de su verdad intrínseca, que se va a producir lo quiera o no el filósofo en cuestión. Los filósofos son libres, pero las filosofías no.

Un ejemplo de esta «libertad» de los filósofos y de la «necesariedad» de las filosofías se puede encontrar en la cuestión de la doble actitud de la Ilustración y de las corrientes que provienen de ella hacia la naturaleza y hacia el hombre.<sup>5</sup> La opción radical no es *naturaleza u hombre* sino *realidad como mero material o realidad como creación*. Marx, por ejemplo, puede sostener que la realidad es mero material y tratar de salvar un «humanismo», pero su intento no va a poder ir mucho más allá de su persona, y el devenir de su planteo filosófico exigirá una *diremptio* en un sentido o en otro que se producirá en una fase posterior. Cito el Curso de Metafísica:

“A nivel de las esencias todas las conclusiones son necesarias. Es decir, si sostengo determinada idea inicialmente, el desarrollo del pensamiento es coherente con lo que puede salir de ese enfoque. Es una cuestión de sentido común: si tomo el camino que va a Rosario voy a llegar a Rosario y no a Bahía Blanca. Si, en cambio, tomo dos rieles distintos que por un momento pueden ser paralelos pero después se separan, entonces me divido. En la medida en que no se marcha adelante no hay desarrollo, o en la medida en que los planteos

---

<sup>5</sup> Cfr. Ibid. p. 30-32.

son superficiales, coexisten perfectamente dos planteos opuestos. Pero cuando uno profundiza el planteo sus tesis opuestas se dividen en determinado momento, o, si no se trata de profundización sino de desarrollo, aplicación o realización de ese mismo pensamiento, a cierta altura las cosas se van cada una por su lado, o se produce un conflicto. Eso es lo que actualmente está ocurriendo en el campo del pensamiento positivista y marxista.

Citaré en seguida el pensamiento de Simone Weil, esa pensadora francesa judía que murió durante la guerra en Londres. Ella dice una algo sumamente importante para mi modo de ver. Su tesis es decisiva: «Desde hace dos o tres siglos se cree, a la vez, que la fuerza es dueña única de todos los fenómenos de la naturaleza y que los hombres deben fundar sus mutuas relaciones sobre la justicia, reconocida por medio de la razón. Pero es una absurdidad evidente. No es concebible que todo en el universo sea absolutamente sometido al dominio de la fuerza y que el hombre pueda sustraerse... Es preciso optar. O reconocer en el universo, al lado de la fuerza, un principio distinto de ella, o reconocer la fuerza como dueña única y soberana de las mismas relaciones entre los hombres».<sup>6</sup>

Este es el dilema del liberalismo ateo, del marxismo, del positivismo. Si la naturaleza no es considerada como creación, no querida, sino explotada y dominada, ¿cómo puede el hombre sustraerse de ese imperio absoluto del dominio? ¿Cómo puede sostener una justicia basada en la razón? ¿Cómo es posible, desde el marxismo, levantar la bandera de reivindicaciones sociales mientras se niega a la realidad su carácter de creación, y proponer un absoluto dominio de la naturaleza sin pensar que esto repercute sobre lo humano? Lo mismo pasa en el pragmatismo norteamericano o francés o inglés. Si nosotros, frente a la realidad infrahumana, tenemos una actitud de dominio, de control absoluto y nada más, expulsando la filosofía, poesía, religión, las relaciones de fraternidad, ¿cómo se liberará al hombre? ¿Cómo podemos hablar de relaciones verdaderamente humanas si lo

---

<sup>6</sup> El texto de S. Weil corresponde a *L'Enracinement*, París, Gallimard 1949, p. 205



infrahumano está sujeto a la ley dura de la fuerza del dominio? Allí está el problema.

Esto que no ha sido dilucidado y esa opción que no se tomó se hace visible hoy como una avalancha incontenible.”<sup>7</sup>

La avalancha incontenible nos ha llegado hace varias décadas y todavía estamos intentando salir de ella, con escasos resultados. A comienzos del siglo XXI nos encontramos todavía en plena crisis del humanismo ateo. «Dilucidar», «dirimir», plantear las opciones radicales, establecer los términos exactos de las controversias, los inevitables *aut aut* teóricos, significa «estar orientados», «tener mapa y brújula» explicitar que desde determinados puntos de partida teóricos se llega tarde o temprano, pero necesariamente, a determinadas conclusiones. De lo que se desprende como consecuencia inevitable que *debemos pensar antes si queremos o no llegar allí*. Komar usaba ejemplos tales como el de arrojar un piano desde el balcón del décimo piso de un departamento pretendiendo que se detenga en el tercero. Si no queremos que el piano caiga desde el décimo piso hasta el asfalto, simplemente no lo arrojemos, no tomemos este punto de partida.

Esta crisis del humanismo ateo se hace hoy visible “como una avalancha incontenible” en toda la problemática de lo *posthumano*, de la tremenda crisis del sentido de la persona humana, que es sin dudas el mayor problema teórico que atraviesa la cultura actual. Comte sostuvo que el individuo es un producto de la sociedad, o lo que es lo mismo para él, de la civilización o de la «humanidad», y quiso establecer un «culto a la humanidad». Pero si el individuo es un producto social entonces no hay ninguna diferencia esencial entre el hombre y los demás animales y llegamos a que este «humanismo de la humanidad» de Comte es insostenible. Hay que reemplazarlo por un “igualitarismo radical entre todos los seres capaces de sufrir”, es decir entre todos los animales. *All animals are equal*, dice Peter Singer, todos los animales son iguales, inclusive el *humán*. Comte pretendía quedarse en el tercer piso, con Singer nos damos contra el asfalto. Sin

---

<sup>7</sup> *Curso de metafísica I*, p. 31-32

fundamento metafísico no hay desde dónde sostener el «carácter sagrado de la vida», la «dignidad de la persona», etc. de donde se siguen todas las consecuencias totalmente inevitables que estamos viendo avanzar hoy en las legislaciones de tantos países, y las que aún faltan. Hoy todavía estamos en la mitad de la caída de este piano. Hoy todavía se justifica matar al gorila *Harambe* para salvar la vida de un niño de cuatro años. Pero desde el punto de vista de Singer este proceder resulta altamente cuestionable.

### **Sobre los pensadores católicos**

En los Apuntes Filosóficos III, publicados en *Orden y misterio*, Komar analiza con gran penetración la situación por la que atravesó la escolástica en determinado tramo del siglo XX:

“Cuando el hombre se detiene en su crecimiento, se descuida y los acontecimientos lo superan, a menudo no se da cuenta de lo que está sucediendo. Esto mismo pasa con las comunidades, asociaciones, escuelas. Hace falta un suceso extraordinario, un conflicto o una crisis para que nos demos cuenta y tomemos conciencia de nuestro atraso. Esta toma de conciencia tiene en su centro, como un ariete, que rompe las murallas de la rutina, una cosa que nosotros no tenemos y que los otros tienen, un algo que nosotros no somos capaces de hacer y los otros son capaces. Por este algo sentimos dolorosamente nuestra deficiencia y falta de altura. Este algo atrae nuestra atención y nos empuja a actuar.

En este preciso punto solemos cometer un error decisivo. Ponerse al día se torna para nosotros lo mismo que tener aquello que los otros tienen y nosotros no tenemos, hacer aquello que los otros hacen y nosotros no hacemos (...) De esta manera no fomentamos nuestro crecimiento, no apuramos los pasos marchando por nuestro camino, sino que de cierta manera nos salimos de nuestros propios carriles. Desde lo nuestro entramos en lo otro, en lo ajeno. La continuidad, esencial para todo crecimiento, se interrumpe peligrosamente y el atraso sustancial se vuelve más inquietante.

Quien corre atrás de los acontecimientos ya está atrasado. Lo que importa es colocarse en el centro del acontecer. Para que algo acontezca en nosotros y desde nosotros. Si uno es zapatero, no le duele no estar al día en las cosas de herrero”<sup>8</sup>

Este es, según el entender de Komar, el error no sólo de la Escolástica sino de muchos pensadores cristianos y católicos, causa de gravísimas desorientaciones. Hacer «actual» el pensamiento cristiano de esta manera, dejando las cosas del zapatero para comenzar a hacer las del herrero, es perder la posibilidad de descubrir la siempre renovada verdad de los propios principios de la que hablamos antes. Algo que no es para nada nuevo en la Historia de la Iglesia. Mucho de lo que sucede en ella también se aclara desde la influencia de distintas corrientes filosóficas epocalmente vigentes, que inciden en su propia historia a menudo muy acriticamente, no sólo en las teologías llamadas «progresistas» sino también en otras pretendidamente «tradicionalistas». Sucede *mutatis mutandis* desde los primeros siglos de la historia cristiana. Y sucede específicamente cuando no se asumen los grandes principios de la metafísica realista y personalista cristiana como criterio de discernimiento a la hora de incorporar al tronco del pensamiento cristiano aportes surgidos *in partibus infidelium*. Estos grandes principios orientadores de la metafísica realista y personalista se encuentran por cierto en el tomismo, pero no exclusivamente en él, como puede verse en autores no tomistas tan apreciados por Komar como Romano Guardini.

Un ejemplo tremendo de esta confusión es el del llamado «diálogo entre marxismo y cristianismo» que se dio allá por 1967, *al mismo tiempo* que el marxismo languidecía dentro y fuera de la Unión Soviética, no sólo por el fracaso económico del Socialismo Real que se explicitaría unos años más tarde, sino por sus contradicciones internas, que Komar describe bajo el rótulo del «triunfo de Comte sobre Marx», es decir, del triunfo del positivismo sobre el espíritu revolucionario. Se trataba de «unas pálidas bodas de gabinete», o, como se permite hablar decir en un entorno de mayor intimidad del auditorio, de «chuparle las medias al moribundo».

---

<sup>8</sup> *Orden y misterio*, Bs.As., EMECE-Fraternitas, 1996, p. 85-86

Sus discípulos de la Facultad de Filosofía de la UCA fuimos testigos directos de su extraordinaria capacidad de orientación en esta magna cuestión de la crisis del marxismo. Todavía recuerdo la perplejidad de tantos pretendidos intelectuales de occidente cuando se produjo la caída del muro de Berlín en 1989. “Nadie lo pudo prever”, se decía en un artículo escrito por un importante intelectual de la época en La Nación. Sus discípulos sonreímos al leer estos escritos de los flojos profetas de la cultura dominante, y no nos sorprendimos tanto: Komar lo había anticipado con notable seguridad, a partir de la lectura de los pensadores neomarxistas, en nuestros jóvenes años de estudiantes, allá por 1972. Había en el marxismo una contradicción interna que pedía un *inveramento*, una *diremptio* en la línea de la autodisolución. Los filósofos son libres, las filosofías necesarias.

Esta falta de orientación es vista por Komar no sólo en las corrientes progresistas del pensamiento católico. A menudo las posturas llamadas «tradicionales» son hijas no tanto de la tradición propiamente cristiana, sino de la influencia de corrientes filosóficas de matriz no realista en un pasado más reciente, como por ejemplo la influencia de Kant y su moral rigorista en la pretendida «moral tradicional», o la influencia del positivismo comtiano y su primacía del «orden social» en cierto tradicionalismo político católico del siglo XX, a través, por ejemplo, de Charles Maurras.

Esta orientación engendra en Komar una mirada dolorosamente crítica hacia múltiples esfuerzos de acercamiento de pensadores cristianos hacia filosofías de la época, signados por la confusión, que le valen no pocos conflictos personales dentro del ambiente católico. Pero no le impide en absoluto llevar a cabo su original modalidad de acercamiento y apertura. *Leer a Hegel es como leer la Suma teológica. Lo que dice aquí Nietzsche podría ser firmado por la Conferencia Episcopal*, etc. Sus cursos abundan en la apropiación de aportes desarrollados *in partibus infidelium*, y se lo ve disfrutar mucho del hecho de poder tomar las múltiples verdades parciales de distintas fuentes, ya que es un rasgo muy propio de la *philosophia perennis* el poder llevar a cabo esta «apropiación» de verdades parciales que van surgiendo del esfuerzo especulativo de tantos filósofos no cristianos, si son serios y profundos. Pero los principios metafísicos, fundamentalmente el

realismo y el personalismo propios de una visión creacionista del mundo y del hombre, constituyen las coordenadas que orientan y permiten aprovechar todos estos aportes válidos, evitando la confusión y conservando el mapa y la brújula en el recorrido del complejo territorio.

Además de este apropiarse de las verdades parciales descubiertas en ellos, Komar lleva a cabo su lectura de los filósofos de otras corrientes con otro sentido, muy definido, y estrechamente ligado al objetivo de orientarse en cuanto a los términos exactos de las controversias, de crecer en precisión en su uso del mapa y la brújula. Se trata de un *contraste mutuamente iluminador* entre los principios de la filosofía clásica y otras filosofías, entendidas como *esencias filosóficas* válidas en sí mismas como modos de pensar alternativos a dicha metafísica, aunque no sean verdaderas. Admira e imita en este proceder al idealista francés de entreguerras León Brunschwig, quien estudió a fondo el pensamiento de Blas Pascal porque era su exacto contrario, que lo ayudó a entenderse a sí mismo. Komar hace lo mismo con varios de estos filósofos de otras corrientes, para entender mejor y más profundamente el propio pensamiento cristiano, que también de este modo recibe un buen servicio de sus oponentes. Hay un constante contrapunto con Hegel, filósofo del ser genérico que permite entender mejor la filosofía de la sustancia particular; con Nietzsche, cuya filosofía del puro devenir permite comprender mejor el significado de una filosofía del ser; con Comte, cuya filosofía del orden artificial permite penetrar mejor en la propia filosofía del orden natural; con Marx, cuya filosofía de la realidad como mero material ilumina la filosofía de la realidad como creación, y cuya primacía de la praxis permita comprender el sentido de la primacía de la contemplación; o con Sartre, que es «el negativo fotográfico» de la metafísica creacionista en la cuestión de las esencias y por eso resulta tan orientador, etc.. Mediante este contrapunto, además, se entienden mejor estas mismas filosofías, se comprende su *inveramento* tanto en términos teóricos como en sus implicancias para las épocas en las que influyen, y de esta manera se pone nuevamente de relieve la actualidad y la fecundidad de los principios clásicos.

### **Lo que Komar no pudo hacer**

Existe una diferencia muy importante entre las enseñanzas de Komar a las que hacemos referencia aquí, y otras tan ricas, por ejemplo, como las éticas, pedagógicas, psicológicas de nuestro maestro sobre las que han profundizado otras ponencias. Estas últimas conservan su plena vigencia *tal cual fueron expresadas* veinte, treinta, cuarenta años después del momento en que las pensó y enseñó. Podemos estudiar su curso sobre *La verdad como vigencia y dinamismo* y nos sigue diciendo hoy prácticamente lo mismo que le decía a un oyente de la década del ochenta, por la sencilla razón de que ese curso habla de la esencia del hombre. No sucede exactamente lo mismo con su curso sobre el Nazismo, o sobre el Fascismo, o con sus reflexiones sobre el Marxismo, o con su crítica al Estructuralismo; no sucede lo mismo con la cuestión de la orientación en la realidad cultural e histórica, por la sencilla razón de que esta realidad es mucho más cambiante. Sus observaciones sobre estos movimientos ya no iluminan la actualidad porque esos movimientos están en buena medida superados. Acaso sea el positivismo el gran sobreviviente de aquella época en nuestro tiempo, pero en 2016 suceden cosas nuevas en la cultura dominante que Komar no llegó a pensar, y surgen autores nuevos que Komar no llegó a estudiar. No los entenderemos bien si abandonamos esos grandes principios del realismo y personalismo cristiano, como hacen no pocos pensadores católicos de nuestro tiempo, dejando las cosas del zapatero para trabajar en las del herrero. Seguramente los principios que iluminaban a Komar, sus definiciones y sus contrastes esenciales nos ayudarían a entender mejor nuestro presente de lo que lo estamos entendiendo. Pero él ya no se encuentra entre nosotros para preguntarle.

Este diagnóstico, si es acertado, nos genera a sus discípulos una grave inquietud: la cuestión de la insuficiente aplicación del mapa y de la brújula de los principios clásicos para el territorio de *nuestro* tiempo, las primeras décadas del siglo XXI que Komar no llegó a estudiar con su método luminoso. Y nos lleva a una pregunta: ¿qué estamos haciendo nosotros, sus discípulos, en este aspecto, como responsables de su herencia? Lo citamos,

lo admiramos, lo seguimos disfrutando, pero, en esto, no lo continuamos o lo hacemos muy escasamente. Si se pudiera tener una preocupación en el cielo, seguramente ésta sería una de las suyas.

Es urgente una renovación de este modo de filosofar para aplicarlo a los problemas de hoy, y a los de dentro de veinte o treinta años. A estudiar los autores actuales, y a enfrentar el desafío de tratar de comprender mejor nuestra compleja actualidad mediante su lectura metafísica a partir de los principios clásicos. Invito a mis oyentes, y a los lectores de esta ponencia a intentarlo. A aprender verdaderamente su método, que parece ser tan único e intransferible, y que involucra dificultades muy específicas, como por ejemplo la de hacernos tiempo para sentarnos en un bar de Boulogne con una libreta negra y una lapicera. Komar, que parece ser tan único en tantos aspectos, lo es en éste particularmente. He ahí el problema.

Pero en 2016, como hace cuarenta años, el ente sigue siendo verdadero, bueno y bello. La sustancia sigue siendo particular, lo real participación, las cosas creaturas, la Persona anterior a la Cosa, el hombre persona humana hecha a imagen de un Creador Personal. La verdad sigue estando en las cosas mismas y las esencias siguen siendo penetrables pero inagotables. También en 2016, como hace cuarenta años, estos principios pueden iluminar mejor que ningunos la realidad social actual, así como la realidad social actual, vista con una mirada más penetrante que la del «techo Time», puede resultar una inesperada reconfirmación de estos principios maravillosos, tan opuestos a la cultura dominante. Sólo que existe una insuficiente capacidad por parte nuestra, y por parte del pensamiento cristiano en general, para hacerlo ver. Se ha dicho muy bien que la escolástica no decayó por falta de ideas, sino de cabezas. Que no suceda lo mismo con la rica herencia de nuestro maestro. Todavía estamos a tiempo de retomar y continuar esta ingente tarea, ciertamente a nuestro modo, con nuestro estilo, con nuestras innegables limitaciones, pero ojalá con una hondura, lucidez y penetración al menos aproximadas a las suyas.